

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 30 DE SEPTIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.176

IMPRESIONES DE UN LECTOR LOS PENSAMIENTOS DE ALEJANDRO MERCEREAU



La lectura de un libro de pensamientos o máximas suele ser fatigosa. Pero yo acabo de leer los dos pequeños volúmenes de *Les Pensées choisies d'Alexandre Mercereau* con placido deleite.

Lo que ya no es tan fácil es emitir un juicio sobre la personalidad del autor, cuyas obras anteriores no conozco. Al final del segundo tomo leí una serie de opiniones sobre Mercereau, emitidas por críticos de todo el mundo. Y uno de ellos, el belga Pablo André, dice que deplora el pesimismo del autor. Pocas páginas más adelante Antonio Albalat afirma el perfecto optimismo de Mercereau, y J. de Gourmont le atribuye la creencia en una humanidad perfecta.

¿Qué debemos creer? No hay posibilidad de juzgar a ese moralista reduciéndolo a tan estrecha alternativa. Esa vieja cuestión del optimismo, que tan debatida fué en el siglo XVIII, debe hoy ser propuesta en forma diversa de como fué planteada en sus orígenes; y así el valor de los respectivos conceptos quedará invertido. Personalmente, confieso no creer en el mito paradisiaco o de la primitiva Arcadia, que Rousseau transformó en su teoría sobre la bondad congénita del hombre, y la subsiguiente corrupción aportada por la vida social. Pero en cambio creo en la indefinida y creciente perfectibilidad humana, y hasta en el valor de la utopía paradisiaca como fin ideal de nuestra actividad, o como mito conductor para el avance de nuestra especie. Y este es un optimismo precisamente opuesto al de Rousseau. En suma: es un pesimismo en cuanto a los orígenes y a la naturaleza del hombre, que se corresponde con un optimismo en cuanto a los destinos lejanos de la humanidad. Toda la aportación experimental del positivismo y del evolucionismo está de acuerdo con esta opinión, que arraiga fuertemente en las honduras de mi conciencia. Por encima de todas las desilusiones ocasionales prevalece en mí la convicción del progreso. Atrás, está la bestia originaria. Delante, en lo incognoscible, está el superhombre. El mito anarquista flaquea porque en él sobrevive el error de Rousseau; pero invirtiendo los términos, nadie puede negar que la acracia es la fórmula correspondiente a la perfectibilidad social suprema. Ella es el término imaginario de la fórmula: la menor

cantidad de Estado posible, característica del individualismo inglés, y cuya expresión típica nos dió Herbert Spencer.

Pero en el libro de Mercereau encuentro un apotegma que desplaza la cuestión. He lo aquí: «Soy de opinión contraria a la de Rousseau. Las instituciones nacen buenas; y el hombre, nativamente malo, las corrompe.» Me parece incompleta esa afirmación. Las instituciones son formas diversas y aun opuestas, que corresponden a grados sucesivos de la evolución social; y su corrupción nace, principalmente, de su supervivencia, de su anacronismo; esto es, del desequilibrio o falta de correspondencia entre cada institución y sus circunstancias de lugar y tiempo. Otras veces aquella corrupción nace de haberse materializado la pura idealidad de un fundador, cuyo

espíritu ha sido reducido a letra, y por lo tanto desfigurado. Tal sucede, principalmente, en el paso de las religiones desde la era profética a la sacerdotal, según la luminosa distinción que señaló Renán.

En síntesis, Alejandro Mercereau es un exaltador de los valores personales; un aristarca. Por cierto que alguna de sus lamentaciones contra el mito igualitario, aun pareciéndome justa en esencia, no lo es en cuanto a su aplicación social; porque el único medio posible de establecer una selección política es hoy la democracia. Comparémosla con las formas antiguas de selección (la herencia, la fuerza, la casta, el sacerdocio, la riqueza, el favor del príncipe), y comprenderemos su ventaja. El ideal, en ese punto, estriba en procurar que la selec-

ción aristárquica sea lo menos artificial posible, lo más conforme con la desigualdad natural.



Alejandro Mercereau estuvo en las trincheras. Justo es decir que la detestable influencia de la guerra no le inficionó. Pasan sobre su libro las puras ráfagas del aire de las alturas. En alguna alusión severa al martirio de los que gritan la verdad, nos habla del foso de Vincennes... «Reniega de tu raza (dice valerosamente), si ella te impide ser útil a la humanidad.» «No reconozcas más que una frontera: la que separa el bien del mal.»

La Ética de Mercereau tiene su clave en la unión con la Estética. Su libro podría llamarse Estética de la Voluntad.

«No hay que hacer el bien por deber, sino por la belleza.» Me place leer ese admirable principio, como reacción contra la herencia nietzscheana que suprimía la vieja distinción de bien y mal en nombre de la belleza. Y ¿cómo no recordar aquí el admirable verso de Rubén Darío?:

Hagamos, porque es bello, el bien...

Mercereau es un adversario de la moral estoica y del evangélico. *No resistáis al malo*, que tanto encareció Tolstói. «No se puede ser feliz por una heroica renuncia a la felicidad, ni fuerte por la aceptación de la debilidad, ni libre por haberse resignado a ser esclavo.» Pero en cambio corona su libro con esta frase: «Has de estar pronto a dar tu vida para justificarla.» Y dice también: «Sabido que vamos a morir mañana, obremos como si fuésemos inmortales.»

Quisiera espigar en el libro de Mercereau una colección sistemática de pensamientos. Pero como escribo este comentario inmediatamente después de mi lectura, por fuerza mi artículo ha de resentirse del azaroso hojear de esos volúmenes, en cuyos márgenes mi lápiz ha señalado los párrafos más significativos. En una obra de esa naturaleza es muy difícil improvisar una apreciación sintética. Apenas puedo hacer otra cosa que recorrer de nuevo las páginas recién leídas y transcribir los juicios que con más fuerza me penetraron.

«El hombre no es hombre más que en lo que le diferencia de los hombres. No se parece a los otros más que en su animalidad.»

«Muy pocas personas son racionales. Su razón no suele ser más que razones.»

Aquí encuentro la fórmula del determinismo de Mercereau.



LA IGLESIA ROMÁNTICA.—DIBUJO ORIGINAL E INÉDITO POR R. PEÑUELAS

rean: «La voluntad no existe. Lo que así se llama no es más que la potencia que remueve una forma cualquiera de nuestras pasiones o de nuestras acciones.»

Vayan también estas agudas palabras: «Para la multitud no hay buena ni mala causa. Sólo hay buenas y malas formas de hacerlas valer.»

«El tiempo es lo contrario de la eternidad, como la medida es lo contrario de lo infinito. Los unos son el límite; los otros lo ilimitado.»

«Hónrate en tus amigos y por tus enemigos.»

«Los hombres honrados deben ofrecerse entre sí compensaciones a los actos de los perversos.»

«El poder de los criminales está en razón directa de los necios sobre quienes se apoyan.»

Y en fin, estas sentencias que resumen la posición del autor en cuanto a la naturaleza fundamental de su ética, iluminándonos para la filiación que debamos atribuirle, en la incertidumbre de las clasificaciones a que aludí en los comienzos de este artículo, y probando que el pesimismo puede ser un principio estimulante y exaltador, mientras es un principio deprimente el optimismo:

«El desdén ante el mal es una fuerza; pero es un egoísmo.»

«El estoicismo sólo es fecundo para las almas fuertes; los que lloran sobre el pasado en vez de trabajar para el porvenir tienen almas de muchachuela.»

«El estoicismo sólo aprovecha al que lo aplica. No hay que decir: *Soporta y abstente*; sino: *Rebélate y obra*.»

«Deja al mediocre burlarse de lo que llama tus *utopías*; sólo las utopías pueden hacerte soportable el mediocre y la realidad.»

Gabriel ALOMAR

La verdad elocuente

DASE a la verdad la misma definición que a Dios mismo: la verdad es lo que es. Empíricamente, aceptamos este involuntario panteísmo de Santo Tomás; pero, prácticamente, la verdad, en cuanto a nosotros, muchas veces es lo que no es... Como Dios mismo, conviene que ella se nos esconda para que no nos dañe su contemplación directa, y también porque frecuentemente suele presentárenos tan árida, que se nos convierte desagradable.

La verdad, saliendo de su pozo, en cuanto que surge desnuda por ostentar su belleza, pudorosa por causa del espejo y fría como de donde sale, hay que cubrirla con adecuados veles y defenderla de los osados Hipérides, a los cuales solamente una vez puede ser lícito el desacato de mostrar desnuda la verdad para hacer que resplandezca una bella mentira...

Y así como Dios, eterno presente que brilla por su ausencia, se ha manifestado, no obstante, repetidamente, ya entre las nubes del Sinaí, ya en la zarza ardiente de Oreb, así la verdad, porque no ceguemos de ella, debe disimularse entre los adornos de que los privilegiados sepan vestirla, porque «de fuerza carece la razón si su intérprete es falto de elocuencia; que hay que temer entonces que las palabras queden ineficaces», dice un sabio oriental. Aun a veces la verdad se diría contraria a la razón: pues que no es bastante que sea verdad, mas es menester que lo parezca y que se disfrace de modo que sea reconocida cuando por su apariencia natural semeje ir realmente disfrazada. Creamos, pues, que la filosofía es *ais bene dicendi*, y que el más alto filósofo será siempre quien mejor diga; por lo cual Platón es invencible,

que se acreditó el espíritu más alto en el estilo más puro y armonioso.

Ha de buscarse en la elocuencia la fórmula, y no se ha de argüir con la aridez, más subjetiva que objetiva, de la exactitud científica; y hasta de la aridez de ciertos filósofos y teólogos sólo será verdad aquello que de entre el farrago frío sepamos sacar con delectación y elegancia.

Por tanto, amiga es la verdad; pero más amigo es Platón, que la expone con armonía. Porque no es todo concebir la verdad: hay que expresarla luego; ella requiere la palabra y exige una palabra

digna de ella, una forma pulcra y proporcionada, que a tal rango, tal atavío. Verdad mal expresada es verdad vergonzante, y puede ser errónea o mal y trabajosamente reconocida. Verdades hay que ya quisieran tener la sugestiva apariencia de ciertos errores. Una idea sana en una forma bella, y así triunfará siempre el verbo humano. Poetas fundaron las religiones orientales, y poetas crearon los dioses helénicos; en el Principio de los rudos dioses escandinavos y germanos, fué el Poema, fué un encendido verbo; predicación elocuente difundió la Palabra divina; por sus primiti-

vas imprentas, los chinos desdeñan nuestra civilización occidental de algunos años y blasonan de los diez mil de la suya; por su palabra escrita es biblioteca enorme la Edad Media; oratoria hicieron las herejías y los cismas; realmente, más que filosofía, la Enciclopedia fué retórica; antes de la batalla arengó el general; antes de la revolución disertó el tribuno y satirizó el cortesano ingenioso...

No constituye la palabra la verdad misma; pero ésta, como la luz, ha de reflejarse, y no hay reflejo sino en la eficacia, la cual es virtualmente verdad de la verdad.

Cuando sentimos una revelación bella formamos con cuatro versos iguales, o calculadamente desiguales, los alambres de una jaula donde ha de cantar el ave de oro. Cuatro versos cuidadosamente trabajados; y con la cesura, la medida y la rima intentamos aprisionar, blanda y holgadamente, una verdad; construimos la historiada y primorosa jaula, nos atareamos con el esfuerzo más arduo, vigilamos toda imprevisión y curamos todo detalle... ¿Y el pájaro sonoro?... Ha huído, cantando, al alto cielo, y la jaula queda entre nuestras manos. Pero, al fin, el ave de oro cantará: como le hayamos procurado lindo alojamiento, el ave cantará para nosotros y para alguno...

Y la verdad pura no se desdeñará de ser ostentada; porque ella es hembra que gusta de que se la atavíe y aloje dignamente. De ella entonces ha de surgir como una nueva verdad, en todo su esplendor y pureza, la verdad de su forma.

Y... *amica veritas*; pero más amigo Platón, que con expresarla bellamente, la crea de nuevo.

José BRUNO

Otoño y el verso

OH, pensativo otoño, hermano ciego del verso, y padre te diría si no fuera por tu fino aire de célibe; porque tú nos restituíes al amor de ese libro delicado y leve que tiene sus márgenes tan pálidas como tus manos y que parece hecho con las hojas que tú, con gesto pesadoso, esparces sobre el camino de nuestra juventud. Verano era un poema de escritura demasiado ardiente, de una escritura roja que deslumbraba nuestra vista; un poema teatral — más bien, un gran *ballet* — que nos invitaba al espectáculo y nos apartaba del arte recatado e íntimo. Todos nuestros libros yacían entonces olvidados, y nuestros ojos eran para el paisaje de tonos tan violentos y ante él se adornaban como cigarras.

Pero tú, ¡oh, otoño!, tú que traes nuevamente la moda de las opacas colgaduras y de las ventanas entornadas que anticipan la noche, tú nos inicias otra vez en un arte íntimo y recóndito y nos reconcilias con el libro fino, discreto y cansado como tú; con el libro de márgenes amarillos y de escritura cenicienta; con el libro triste, pensativo y cansado, cuya edad armoniza perfectamente con nuestra juventud que declina; con el libro aún no desilusionado del todo y desilusionado ya, por entre cuyos versos nos sentimos como en medio de tus hojas secas, como reclinados sobre tu mismo corazón. ¡Oh, otoño, dulce amigo, que tienes nuestro mismo semblante en el agua quieta y pura de las fuentes de octubre y en esas otras aguas que el reflejo cansado de una lámpara forma, pobre moaré ingenuo, en los cielos rasos de una estancia desnuda!

R. CANSINOS-ASENS

PREMONICIÓN DE AMÉRICA

El Destino de los pueblos, dramaturgo misterioso, alza en la virgen América su escenario colosal, donde ha de representarse el poema fabuloso de la Atlántida ideal.

Dará América su sangre, rica de hispanas semillas, y España dará su música a los futuros atlantes, pues Dios quiso que la gesta de inauditas maravillas esté escrita en el idioma milagroso de Cervantes.

Tras la noche negra y bárbara de los guerreros imperios, sobre la sangrienta y fúnebre pesadilla de la Historia, cuando sean las Gomorras desolados cementerios y los templos babilónicos se sepulten en la escoria, de las entrañas de América surgirán los caballeros luminosos y armados, como nuevos Lohengrines, que traerán la Rosa-Cruz sobre sus cascos guerreros y en el corazón la miel de platónicos jardines.

Son los albos argonautas, vencedores de los mares, triunfadores de los vientos sobre un águila quimérica; los guiará la blanca estrella de los jinas tutelares para alzar los áureos pórticos de una refulgente América. Son los mágicos artistas coronados de laureles, anunciados por las viejas, misteriosas profecías, los que riman con los astros pitagóricos rondeles, los que tejen con los mundos prodigiosas sinfonías.

Los que arrancan al Dragón su secreto y a la inerte Materia, la arcana, cifra de su divina Mecánica, y tienden puentes de luz sobre el golfo de la Muerte y matan los viejos monstruos de la Humanidad vesánica. Los audaces electrólogos y los bardos de la ciencia, que con el Ritmo y el Número tejen su cifra ideal; los que al resplandor radiante de la bruja inteligencia describan el jeroglífico de la vida universal.

Los poetas de las rimas, igual que gemas preciosas que desatan el divino manantial de la emoción, los artistas y los sabios que en las cumbres luminosas coinciden en una sola e infinita aspiración. Los hermanos del Triángulo, los teósofos ascetas, caballeros del Esfuerzo por una patria ideal, y los blancos taumaturgos de las palabras secretas que dominan al simbólico dragón del Bien y del Mal.

Por las puertas del Futuro entrarán los caballeros en la gran apoteosis de la ciencia y del amor; no llevarán negros cascos ni penachos altaneros, sino el lábaro glorioso de la Cruz del Salvador. América les aguarda igual que un magno escenario donde ha de vivirse el drama de la Humanidad futura, y el sol detendrá un instante su fulgente lampadario, estupefacto ante el triunfo de la inaudita aventura.

Sólo la América es joven; los caducos continentes se hundirán cuando se extinga el resplandor de su estrella. La Historia es la vanidad de los pueblos decadentes, y el Mañana, ¡todo el magno porvenir es para ella! Los bravos aventureros, los hispanos capitanes que ebrios de gloria emprendieron aquella ruta quimérica, ¡no sabían que sembraban con sus manos de titanes la Atlántida del futuro en los vergeles de América!

Dará América su sangre. Puso España en la aventura su espíritu; quiso Dios que los futuros atlantes tuvieran de Don Quijote toda la excelsa locura y que cantasen su triunfo en la lengua de Cervantes.

Emilio CARRERE

EL ARTE DE LA DANZA

Con error se ha supuesto siempre que todo arte no es más que un productor de ilusión; error aplicado aún más generalmente al arte de la danza. El arte, sin embargo, no debe ser considerado como una «aparición» de la realidad, sino que, como ésta, tiene un valor de «categoría primaria». La eficiencia de una obra de arte no está en la fuerza con que produce la ilusión de la realidad, sino en la fuerza con que crea la «idea» que en cada una de sus manifestaciones es la entraña de toda realidad. Esto es, naturaleza y arte, realidad y arte, vienen a ser dos campos separados el uno del otro, aunque equivalentes; algo así como dos orillas, según Thiess, unidas por sendos puentes, pero independientes la una de la otra, si bien para alcanzar la orilla del arte nos sea indispensable partir de la orilla de la realidad.

Este principio es igualmente aplicable a la danza considerada como arte. Sirvanos de ejemplo una de las danzas más bellas que ojos humanos hayan podido contemplar jamás: «La muerte del cisne», cuya interpretación por la Powlowa la ha hecho universal. Contemplemos a la genial bailarina en esta danza. ¿Vemos en ella, en efecto, un cisne agonizante? Si no conociéramos el título de esa danza, ¿nos produciría la ilusión a que aspira? Ante nosotros, con el clásico, vaporoso traje blanco del «ballet», una mujer, estilizadamente esbelta, baila una danza ingravida, con virtuosismo incomparable, sobre las puntas de sus pies. En una vibración casi patológica se agita todo el cuerpo, acaso con la misma tensión máxima que deben sufrir las sensaciones de un espíritu hipersutil en la hora de la muerte. En el rostro, la vida que se escapa parece que va dejando sus huellas. Poco a po-

co, la expresión del semblante se borra y desaparece ante la expresión inenarrable del cuerpo. Nunca miembros humanos tuvieron tanta alma. Las temblorosas líneas de los brazos parecen indicar el postrer esfuerzo en lucha con un cansancio infinito; sobre los blancos y delicados hombros gravita una plúmbea carga; y, finalmente, tras el vértigo de horror y de dolor en que se agita todo el cuerpo, un ritmo maravilloso indica el desenlace del tránsito mortal. El temblor del cuerpo parece proceder todo él de las piernas; erguidas sobre las extremas puntas de los pies, de ellas parece elevarse una ansia infinita de vida y de luz, hasta que, vencidas bajo el peso de algo monstruoso, inevitable y fatal, se doblan y quiebran lentamente, en un silencioso derrumbamiento de toda la figura que pa-

rece hundirse y desaparecer entre sus propias gasas, como la blanca espuma sobre el mar. El espectador que no hubiese oído hablar nunca de esa célebre danza y que asistiese a ella sin haberse enterado del título de la misma, ¿pensaría nunca que con ella se trataba de representar el mito inmortal? Luego no es la danza, por medio de sus movimientos, la que intenta y consigue una interpretación del mito, sino la que, apoderándose de la psiquis poética y mística de la leyenda, la introduce en el propio mundo de su arte, dándole una vida nueva y original.

La danza, por consiguiente, crea — como todo arte verdadero —, no «según» la realidad, sino haciendo suya, en su propio ser, la «idea» de la realidad en el mundo de sus múltiples manifestaciones. Repitémoslo: la danza «crea». Es más, si examinásemos otras danzas y, principalmente, algunas de la célebre bailarina india Sent M'ahesa, llegaríamos a la conclusión de que más de una «idea», sin expresión en la realidad, esto es, sin materialización en la vida real, logra por medio del arte de la danza, no sólo vida, sino una altísima significación.

La danza, en su condición de arte, es libre e independiente; es

un arte en sí, como la pintura, como la escultura, como la música, como la poesía. Sólo con el de la música, erróneamente, se le ha podido confundir; mejor dicho, sólo al de la música se le ha podido, injustamente, subordinar. ¿Qué fué primero, se pregunta, la música o la danza? Aquí está el error inicial, pues una ligera investigación antropológica nos demostrará que ni la música fué antes que la danza, ni ésta anterior a la música, sino más bien que ambas proceden de un tercer factor, una aparición cósmica en la que se unieron las dos y de la que luego se separaron ambas artes: el Ritmo. Tanto de la danza como de la música, el «ritmo» es el único motor. Ciertamente que la relación y unión de ambas artes ha seguido siendo la misma desde el principio hasta nuestros días. Pero esto no prueba la identidad del ritmo musical con el de la danza. La danza no es, como se ha supuesto, «una indicación plástica de la música». Si esto

fuera así, ¿cómo sería posible que de una misma obra musical se diesen tantas interpretaciones distintas, tantas y tan distintas como danzarinas las ejecutan? Veamos un caso interesante: Lucy Kieselhausen, la sin par bailarina alemana, interpreta la «Gavotte joyeuse», de Mozart, de una manera alada y suave, como la aparición de una figulina del siglo XVIII. En cambio, Ronny Johansson, la admirable danzarina sueca, baila la misma gavota dándole un sentido grotesco encantador —Pan tocando en su ocarina—. La danza no es, pues, una «ilustración» de la música, sino un arte propio. El mismo cinematógrafo, con sus danzas mudas, «sin música», pero con su «ritmo» propio, nos lo ha venido a probar así.

Enrique DOMINQUEZ RODIÑO



WALTER PATHÉ



SENT M'AHESA



MAGDA BAUER

DE NUESTRO CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS

EL LAGO DE SAN MARTÍN DE CASTAÑEDA

En esta margen derecha del lago alzaron los monjes del Cister su monasterio. Abruptos peñascales lo rodeaban; cubríanse de vegetación las laderas, cruzadas de regatos y arroyuelos; en los picachos desnudos aposentaban las águilas sus nidos; escalaban las cumbres bravíos boscajes de fresnos, castaños, nogales y robles, y a su amparo vivían los ciervos, jabalíes, corzos y rebecos... En invierno la temperatura es suave y apacible, y de toda la serranía de Segundera venían a refugiarse en este valle de la Cueva de San Martín temibles alimañas... Luego, con la primavera, huían el lobo, el gato montés y las aves agoreras...

Contemplando las ruinas del monasterio cisterciense, del que aún se conserva la iglesia románica con sus tres ábsides, imaginamos cómo debería templar los caracteres la vida contemplativa en aquella majestuosa, brava, osada obra de la Naturaleza... Creemos ver a los monjes, con sus albas vestiduras, en estas soledades de grandeza y de misterio... Durante el invierno las nieves cercaban enteramente el monasterio. Con palas habían de abrir los senderos para poder internarse en el bosque o bajar hasta las orillas del lago; allí había una barca, en la que los monjes se dedicaban a la pesca de truchas, anguilas y barbos para su sustento... Durante la larga invernada no recorría aquellos riscos persona extraña a la comunidad... Cuando a media noche la campana, desde la alta torre, llamaba a los rezos del coro, su son se perdía en la soledad de aquel desierto y sólo respondía a su eco el aullar de los lobos hambrientos...



Núm. 3.—Margen derecha del lago. Lema: LUMINOSO.



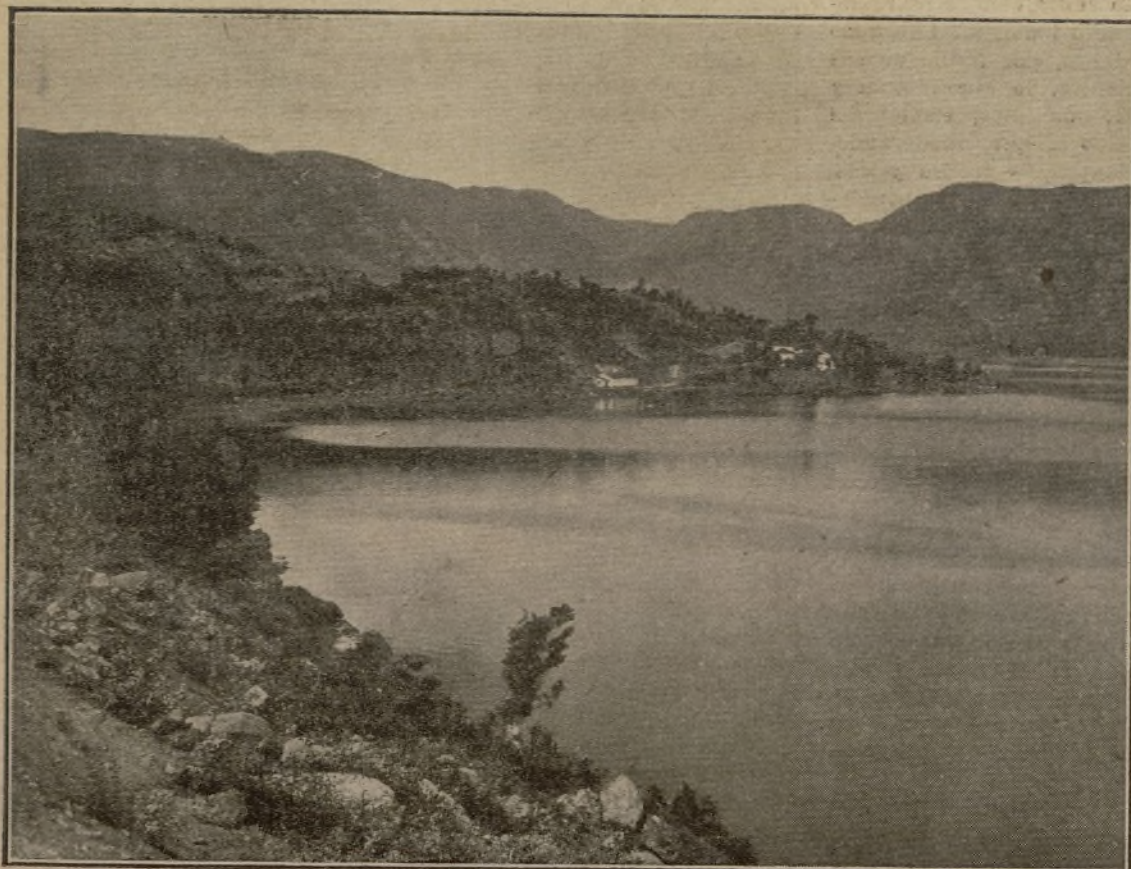
Núm. 4.—Detalle de la margen izquierda. Lema: LUMINOSO.

Rodeado de montañas se extiende el lago, en las cercanías de Puebla de Sanabria, con una longitud de casi una legua y una anchura de dos kilómetros y medio. En muchos lugares su profundidad llega a cincuenta metros. Gustosas truchas habitan estas aguas, y bandadas de patos se esconden en sus juncales y en los bosquecillos de las márgenes.

En la orilla izquierda hay unos manantiales de agua sulfurosa que, con el nombre de Ribadelago, tuvieron fama de milagrosos y curadores



Núm. 5.—Hospedería del lago. Lema: LUMINOSO.



Núm. 6.—Margen izquierda del lago. Lema: LUMINOSO.

desde el siglo XVI, y es posible que desde mucho antes; pero todos estos lugares de encanto y de misterio se encuentran a 1.100 metros de altura y están distantes de toda fácil comunicación. Allí encontrará el viandante una hospedería apacible; las gentes de la región han hecho cuanto está en su mano para que la villa de San Martín de Castañeda y su valle y su sierra, antemural de Galicia, pudieran ser lugares de acogimiento grato y de descanso gustoso para las gentes que llegaran de extrañas tierras. Y sin embargo, aparte en las cercanías castellanicas, leonesas y gallegas, casi nadie sabe en España qué bellas perspectivas, qué sorprendentes y osadas quebraduras y cuánta grandiosa majestad hay aquí en sierra, valle, bosque y lago. Fuera cosa de que el Gobierno de la nación, por medio de libros, de folletos, de estampas, de carteles, de películas cinematográficas, realizara este milagro, que sería fecundo, de dar a conocer España a los españoles. En muchas regiones, con la llegada de extrañas gentes, se crearían nuevas riquezas, industrias nuevas. Aquí mismo podría crearse una piscifactoría, estancias ganaderas y explotaciones forestales, que llenos de árboles se encuentran estos riscos...

En aquel prodigioso emplazamiento del convento cisterciense debería alzarse un hotel de turismo. No ofrece Suiza más grandiosas perspectivas, más variados panoramas, más sorprendentes creaciones de la Naturaleza. El encanto del lago, que es navegable, se une en aquel lugar a la belleza del bosque que escala las cumbres y donde abundante caza se ofrece a la crueldad del hombre.

En la orilla opuesta, donde emergen las aguas sulfurosas, debería existir un sanatorio. Ciertamente, antes que todo esto haría falta un ferrocarril. Hoy las estaciones más cercanas son Benavente y La Bañeza, en la línea de escasa circulación de Zamora a Astorga. Cercana a la frontera portuguesa, Puebla de Sanabria, podría este ferrocarril, que parece necesario, unirse con la línea portuguesa que llega a Braganza, a ocho kilómetros de la tierra española.

LA CINTA VERDE

NOVELA CORTA ORIGINAL DE DIEGO SAN JOSE

I

DURANTE la dominación francesa, Juan Pablo, al que como coletilla del doble nombre apostólico con que le bautizaron sus padres llamaron sus paisanos y camaradas de correrías «el Manchao», sin que a ciencia cierta se conozca el origen de tal apodo, había dado más de cuatro veces su sangre por la independencia de la patria.

Cuando la campaña acabó y no hubo codicias extrañas que combatir, «el Manchao», que era vaquero de una famosa ganadería en tierras andaluzas, volvió a su terruño con la satisfacción de haber cumplido como buen español; pero acaecióle, por su mala ventura, que cuando llegó a su hogar hallósele ocupado y deshecho por el mismo amo a quien diera el sudor de su trabajo. Sin duda entendía el saltador de su honra que no era bien que tan garrida prenda como la mujer de «el Manchao» quedase desamparada, y él se ofreció a ocupar el lugar vacío.

Pero la dama y el galán, sin alma para toda otra cosa que no fuese la satisfacción de sus ansias pasionales, no tuvieron conocimiento del fin de la campaña, y una noche, la que menos lo esperaban, se vieron sorprendidos por la aparición del verdadero amo de aquel hogar que tan feliz fuera poco tiempo antes, quien al ver lo que estaba tan ajeno de pensarse, de dos formidables navajazos envió a entrambos enamorados a continuar el idilio en la otra vida.

En su persecución salieron «migueletes» y rondas volantes; pero no tuvieron la suerte de hallarle, por más que le buscaron por montes y serranías, sin que les quedara cortijo por registrar.

De allí a poco, con la vuelta del «Desoado» monarca del destierro que en Valençay le tuvo Napoleón, tornaron otra vez a inquietar a España las revueltas políticas.

La Libertad naciente y el Absolutismo ancestral formaron banderías, y volvió a correr la sangre hermana derramada en una lucha salvaje y sin cuartel.

Esto fué pie para que «el Manchao», aferrado a la causa liberal, saliese de su incógnita vida y tomase las armas de la redención ciudadana, sin que las que traía en sus manos para despojar al prójimo, como decían, volviesen a robar destellos al sol ni fuego a las piedras...

«El Empecinado», «el Cura Merino», Mina y «el Abuelo», que habían sido héroes populares luchando al unísono por la causa española, salieron ahora como enemigos encarnizados, con ansias de destruirse allí donde sus destinos previniéranles la ocasión de venir a las manos.

Nuestro hombre no quiso ser subordinado de nadie. El solo tenía prestigio bastante entre la gente terneja y bravía para ser cabeza de motín, y con unos cuantos de aquellos que ya no sabían vivir de otra manera que de la lucha o de la rapiña, formó una guerrilla que más de dos veces hizo huir a uña de caballo a las nada cobardes huestes de don Santos Ladrón, «el Trapense», el manco Albuín y algunos más de aquellos prestigiosos facinerosos que con tanta saña hacían la defensa de la tiranía y del despotismo.

Cuando llegó la terrible reacción de 1820 y se recrudeció la lucha en los campos, en consonancia con las persecuciones en la capital y en las provincias, tanto que no había ciudadano que se acostase tranquilamente en su cama abrigando la seguridad de no amanecer entre las paredes de una cárcel o al pie del patíbulo, «el Manchao» fué de los que más hicieron en la campaña andaluza porque no tornara la esclavitud en que por tantos siglos había vivido ahrojada la nación española.

No dió cuartel a los secuaces del Absolutismo, y muchas veces, como es tan

causa, que, naturalmente, era la que respondía a los anhelos de Fernando...

Así como cinco años antes se dispuso en aquel mismo sitio, y no hubo el menor inconveniente en llevarlo a vías de hecho, la prisión de Argüelles al «fijo» de Ceuta; a Calatrava, a Melilla, por ocho años cada uno; a Muñoz Torrero, por cuatro, al monasterio de Erbón; a Nicasio Gallego, por otros tantos, a la Cartuja de Jerez, ahora se preparaba a cada uno de los caudillos la manera de que sus nombres quedaran mejor grabados en las páginas gloriosas de nuestra historia.

cerrábase en su alojamiento, y como él no llamase, nadie tenía orden de penetrar a molestarle.

A solas dejaba que manase abundantemente aquella herida profunda que traía abierta en el corazón y que no pensaba que pudiera cerrarse en todos los días de su vida...

Cuando en alguna ocasión vio su gente algo más expansivo de lo acostumbrado en él, atrevióse alguno de los oficiales de la partida a insinuarle que disfrutara con ellos de las primicias del botín; nunca faltaría para él la mejor moza del lugar en donde se celebrase el acontecimiento; pero una furibunda mirada de sus grandes ojos por toda respuesta a la invitación, demostraba, como dicen, que no estaba la Magdalena para tafetanes.

Uno de los días en que, después de haber entrado a saco en una aldea facciosa, habiendo hecho formidable sarracina entre los vecinos y abundante acopio de vituallas, no dejando tocino en despensa ni zaque en bodega, estaba nuestro hombre a solas con sus pensamientos en la casa rectoral, que tomó por alojamiento, le pareció oír, hacia la parte del corral, entre la algazara de su gente, angustiosas quejas de mujer.

Aunque en principio pensó que fuese alguna patrona quejumbrosa del desvalijamiento llevado a cabo en su mansión, y en tales casos tenía formado propósito de mostrarse tan inmovible como una esfinge, era tan continuada y lamentosa aquella voz, que determinó a ver qué causa la producía.

Salió sigilosamente al corralillo en donde su gente se holgaba, y hallóse con que unos cuantos tenían dispuesta una partida de naipes, y a un lado estaba una buena moza que era la que en forma tan lastimera se quejaba.

«El Manchao» preguntó la causa de tales lamentaciones, y con el mayor desembarazo, como cosa que parecía muy natural, díjole uno de los dos entretenidos con el «desencuadrado» o libro de los cuatro reyes (que de entrambas maneras llamábase a la baraja entre gentes de tahurería), que él y su camarada habían determinado, por pasar el tiempo en algo, jugarse aquella buena moza contra dos onzas de oro, y que por esto la tal armaba aquel escándalo; pero no habría de valerle si más lágrimas arrojase de sus ojos que agua llevaba el río.

—¿Y va muy avanzada la partida?— preguntó «el Manchao», como si ello fuese cosa que le acuciase interés por lo original de la apuesta.

—No más de dos juegos nos faltan— respondió el otro, que hasta entonces no había hablado.

—Pues manos a la obra—replicó el jefe, poniéndose en traza de mirón con los demás de la cuadrilla.

Animados los contendientes con las palabras de su capitán, reemprendieron el juego con ánimo de lucir lo mejor que estuviese en su arte la contienda por la moza.

Finó la partida, y el que resultó ganancioso miró a su superior jerárquico y dijo jactanciosamente:

—Me parece, capitán, que la batalla ha sido de cuidado y la he ganao como los buenos. Creo que la moza es mía en buena ley de Dios.

«El Manchao», entonces, volviéndose a



corriente en esta clase de luchas, se excedió en rudeza y crueldad con aquellos contrarios que caían bajo sus garras. Ciertamente que no hacía mas que pagar en la misma moneda; que la humanidad y la compasión parecía que de antemano fueron desterradas de aquellos corazones, que no latían más que para la Libertad o para el rey neto.

Entre las gentes del Gobierno y en la famosa camarilla palatina formada por los inolvidables Escóquiz, «Chamorro», Ugarte, Tastiécheff y Paquito Córdoba, y presidida por el soberano, llegó a hablarse tanto de las hazañas de «el Manchao» como de las de Mina y «el Empecinado».

Todos ellos tenían ya marcado su destino para cuando triunfara la buena

De allí salió la pena de muerte para «el Empecinado» y para «el Manchao», que doce años antes hubieron de poner sus vidas como escabel del trono donde asentaba la deseada y paternal monarquía de Fernando VII (que Dios haya).

II

En todo el tiempo que «el Manchao» estuvo en el campo al frente de los suyos, que adoraban en él como en un padre, aunque jamás procuró atraérseles la voluntad con adulación ni concesiones libertarias, como hacían otros jefes, nunca le vieron celebrar una victoria mezclándose en la algazara de la tropa.

Acabada que era la acción de la que saliera con los laureles del triunfo, en-

la atribulada, que presa del mayor espanto presenciaba el reparto de su honra, la preguntó crudamente:

—¿Y a ti esto te parece bien o mal? ¿Consultaron contigo de antemano?

—Yo, señor—respondió la triste, aferrándose a las piernas del caudillo con las mismas ansias que el naufrago que a punto de perecer halla una tabla salvadora—, soy una mujer honrada a quien estos desalmados, no contentos con haberme dejado sola y desamparada en el mundo, pues tras de asesinar al padre de mi alma y haberme robado la poca hacienda que tenía, quieren arrebatarme la honra...

Dichas que fueron estas palabras, como si no tuviese fuerzas para más, cayó, hecha un torrente de lágrimas, a los pies de su amparador.

Este, sin responder nada a su amarguísimo duelo, sacó de entre los pliegues de la faja una bolsa de punto de malla, y extrayendo de ella dos onzas nuevas y relucientes como el sol por el agosto, arrojólas sobre la mesa que valía por campo de la batalla de naipes.

—Toma—dijo al ganancioso—el valor de la moza. Ahora—tornóse a decir a «el Cuquillo»—que les den cincuenta baquetazos a cada uno para que aprendan que las mujeres, mientras que ellas no quieren, no pueden ser cosa de juego.

Y alzando del suelo a la dolorida, que de puro emocionada no acertaba a demostrarle su agradecimiento, reanimóla con suaves palabras y la dejó ir con la pesadumbre de su infortunio, pero con la honra limpia, que no pensaba ella salir tan bien librada...

III

Caja una espléndida tarde de mayo, y ya se retiraba «el Manchao» con su gente a un pueblecillo alcarreño que había en el fondo de un frondoso valle, cuando los de vanguardia avisaron que por el camino real avanzaba un coche de camino con algunos escopeteros de escolta.

Pensando que ello pudiera ser la comitiva de algún personaje del bando contrario, mandó que les echasen el alto y llevasen a su presencia a los viajeros.

De poco sirvieron los escopeteros que venían a la zaga del coche, porque en un instante se vieron rodeados por los campestres defensores de la Libertad.

Como de una arbitraria caja de marfiletes, salieron: un abate muy cuitado y compungido, que ya daba por cosa cierta que era llegada su última hora; un petrimetre muy relamido y trascendiendo a bergamota; un capitancico de salón, con su vistoso uniforme de la Guardia Real; un grave y orondo señor, que se hacía llamar conde y que, a pesar de ir de camino, llevaba encima más randas y encajes, hebillas y botones de plata de los que es fama que acostumbraba a traer sobre su costoso indumento el fastuoso marqués de la Ensenada; dos pajes, que parecían dos sotas caídas de una baraja de taberna, y otras tantas dueñas, con sus correspondientes antiparras verdes, que desde mil leguas echaban de ver su próximo parentesco con la inmortal creación de Rodrigo de Cota, y como lo mejor de cuanto aquella caja andante guardaba en su fondo, saltó a tierra, ágil y linda como una mariposa, el más peregrino ejemplar de mujer bonita.

Las huéspedes de «el Manchao» se conmovieron ante aquel prodigio de carne, y a buen seguro que si no se les acordase de los palos de marras, también su merced hubiera sido causa y ocasión para una partida de naipes; pero en ninguno hizo mella tan honda como en el *badán* de la partida.

Por un buen espacio no acertó a hablar, y sin darse cuenta (cosa que nunca hacía con cuanta gente topaba a su paso), se destocó el anchísimo pavoro con tanto respeto como si se hallase ante una imagen puesta en un altar.

En todo el tiempo que duró el interrogatorio con los detenidos no dejaron de mirarla sus ojos...

Los satélites que rodeaban a tan luminoso astro parecían gente de paz, que no llevaban comisión política de ninguna especie, sino únicamente servirle y adorarle.

Ella, a quien sin duda literariamente llamaban «Flérida», era, según confesión de todos, una famosa comedianta que venía desde Sevilla a la corte.

Había triunfado la causa absolutista, y por ende el rey y toda su corte se tornaban a Madrid. «Flérida» volvía reclamada por la compañía de ópera de los Caños del Peral.

—Digo—repuso coquetonamente la comedianta, que era quien iba dando todas estas explicaciones—, si el señor capitán de estos valientes no dispone otra cosa que nos quite de raíz nuestros honrados propósitos, tal como mandar que nos ahorquen ahora mismo.

—No somos por acá gentes de la calaña que usted piensa para hacer semejante disparate—replicó «el Manchao», dolido de que, aunque fuese en son de chanza, le tuviese en tal concepto la *rica hembra*.

En los rostros de los apurados cortesanos, apenas oyeron tal declaración hecha en labios de quien ya tenían por cosa cierta que había de ser el verdugo que acabase con sus regaladas vidas, se pintó un gesto de tranquilidad.

—Con esta parada, en donde estarán bien atendidos y sin ningún sobresalto—continuó el cabecilla—, antes les hago merced que perjuicio, pues no es muy seguro el aventurarse por estos caminos así de que se acaba la luz del día, que no todas las partidas que puedan ustedes encontrar suelen ser tan galantes y comedidas como la de «el Manchao».

Como sus mercedes oyeron este apodo que tan terrible eco tenía en las filas ultramontanas, miráronse tan significativamente, que el interesado no pudo por menos de darse cuenta y preguntar:

—¿Qué, por acaso mi nombre de guerra no les es del todo desconocido?

Y aquí fué el abate melifluido y solapado quien, pareciéndole que la indiscreción de aquel cruce de miradas pudiera serles funesta, tomó la palabra y se extendió en una altisonante apología de los hechos del caudillo liberal, que se habían hecho famosos en toda España.

Como había propuesto Juan Pablo, de cuyo nombre ya casi ni él mismo se acordaba, porque el mote le había suplantado con tanta ventaja que ya aquél quedaba archivado en los libros de la parroquia en donde le echaran las aguas del bautismo, los viajeros pasaron la noche en una casa de labor que había no lejos del lugar en donde les fué interrumpido el viaje.

«Flérida», que desde el primer instante comprendió el efecto que su arrogante belleza había hecho sobre aquel hombre rudo, miró a que ello sirviera para procurarles la libertad tan pronto como las primeras luces del alba rasgasen las postreras tinieblas de la noche. Para mejor conseguirlo, no consintió en que sus acompañantes permaneciesen junto a ella así como la cena—que no fué nada frugal—estuvo terminada.

Ciertamente que fué notable el efecto que aquella mujer hizo en el corazón de Juan Pablo, tan solo y tan árido desde

el día en que deshizo a navajazos su hogar y su felicidad.

La charla subyugadora de la buena moza, que de todo parecía enterada, le atraía al eco de su voz encantadora como dicen que el canto de las sirenas arrastra las vidas de la gente de mar hasta el fondo del insondable abismo.

Por ella sentíase capaz de sacrificarlo todo: ideas, patria y, primero que nada, el terrible y alucinante recuerdo del pasado.

De pronto, tuvo una idea: ¿quién le prohibía que aquella mujer fuese suya, si no de grado, por fuerza?, y dijo:

—En amaneciendo, se irá la gente que le acompaña; usted se quedará aquí.

Aunque tal determinación, dicha sin ambages ni rodeos, llenó de espanto el ánimo de «Flérida», en su bello rostro no se reflejó la más pequeña señal de contrariedad.

—No estaría mal, y puede que le agradara a mi espíritu, lleno de emociones, una temporada de reina de la serranía y princesa de los bosques; pero usted no lo consentirá; me es de absoluta precisión estar en Madrid pasado mañana, lo más tarde—dijo la comedianta.

—Si ese es su gusto, entonces partírase usted; pero nadie más que yo la acompañará—replicó «el Manchao».

—No olvide usted—replicó «Flérida»—que han soplado malos vientos para la causa liberal y todos sus defensores peligran en la corte.

Esta era la primera noticia que «el Manchao» tenía del triunfo del absolutismo. Así y todo, obsesionado con el buen garbo de la moza, no parece que de momento le hiciera mucha mella la mala noticia.

Siguieron hablando, aunque cada palabra era una brasa en aquel corazón que le parecía no haber amado hasta entonces, y «Flérida», o por mayor seguridad de verse libre o porque le hubiese llegado el momento del sentimentalismo junto a un alma que al través de la rudeza le pareció franca y sensible, contó alguna parte de su historia, en la que se pintó como una heroína de novela francesa, de las que por entonces comenzaban a poner pihuelas en el ingenio español, que fué antaño tan independiente y tan florido.

Ahora protegíala desinteresadamente aquel aristócrata que a todas partes iba con ella, más como mayordomo que como cortejo.

En esto, sintióse fuera gran revuelo y en seguida unos tiros, que en la soledad de la noche repercutieron como si estuviese empeñada una descomunal batalla.

«El Manchao» se puso en pie, y desatendiendo por un momento a quien todos los sentidos del alma le tenía ganados, sus ojos, hechos como los de los gatos a escudriñar entre las tinieblas de la noche, avizoraron desde una ventana lo que fuera ocurría.

Dos recios golpes sonaron en la puerta de la estancia, al mismo tiempo que la terrible voz de «el Cuquillo», segundo jefe de la partida, gritaba:

—¡Señor Juan Pablo, que nos ha llegado la de perder! Estamos rodeados por las partidas de «el Cura» y de «el Abuelo» juntas, de forma que es como si los lobos se hubiesen unido con los chacales. Deje su merced ese negocio en que está entretenido, que, como dijo el otro: «Mañana será otro día.»

«Flérida», a quien el fragor de la lucha había quitado aquella serenidad que hasta entonces tenía, alzóse de la silla y comenzó a gemir, pensando que su última hora había sonado ya, pues conocía muy bien las mañas bandoleras de aquellos famosos paladines del altar y del trono, en cuyas garras había estado a punto de caer.

«El Manchao» miró a tranquilizarla y le aseguró que entrambos correrían la misma suerte.

Abrió luego la puerta de la habitación y dijo a su lugarteniente:

—Ponme a «Lucero» en la salida del corral y no os ocupéis más de mí. Salvad vosotros la pelleja, que me parece que por ahora todo se ha perdido.

Iba «el Cuquillo» a desaparecer, a cumplir la orden de su jefe, cuando éste le dijo:

—¡Hombre, un abrazo! ¿Quién sabe si será el último!

Y aquellos dos hombrachones, recios como castillos, estuvieron abrazados un instante, que a «Flérida» hubo de parecerle un siglo.

«El Cuquillo» apartóse al fin de su jefe, y salvó a saltos la empinada escalera, cuyos endeble y desvencijados peldaños temblaban bajo las zancadas del belicoso gañán como si fueran a deshacerse en astillas.

Al cabo de pocos minutos oyóse un agudo silbido que se impuso sobre el estruendo de los tiros y el rugir del viento.

«El Manchao» tomó casi en volandas a la buena moza y, bajando al corral, subieron entrambos a la soberbia jaca que pafaba de impaciencia, y con la velocidad del rayo burlaron a las feroces hordas realistas...

IV

Al dejar el guerrillero a la cómica en un lindo palacete que habitaba en los Carabancheles, le pareció que separaba el alma de su cuerpo.

En tan poco espacio, la soberana belleza de aquella mujer había logrado despertar el dormido corazón del que ahogó en sangre una ofensa de amor y de honra.

La garrida comedianta semejábase bastante a la desdichada que con su vida se llevó la felicidad de Juan Pablo. Esta, como aquella, era morena, de grandes ojos negros que parecían despedir acerados reflejos cuando miraban fijamente, impulsados por el amor o por el odio. Meloso y acariciador era el hablar, que había palabras que al formarse en su garganta y florecer en su boca tenían el placer de caricias.

También ella, impresionable y amiga de emociones, había sentido sacudida, no sé si su alma o su curiosidad, por el hallazgo de un hombre tan distinto de cuantos hasta entonces se habían cruzado en su camino.

El cansancio del viaje acelerado e incómodo en la grupa de la valiente jaca y la emoción del inesperado trance temíanla rendida y casi sin alientos para hablar. Con aquella voz tan dulce que poseía para ser tirana suplicando, le dijo:

—Ya es tarde; a usted, a mí y al caballo nos conviene descansar. ¿Qué le parecería si dejásemos para mañana los comentarios de esta jornada, que sin sueño y sin cansancio pueden resultar más interesantes?

—Mañana acaso no me reciba—respondió Juan Pablo—. Ya está usted en sitio seguro, que es lo que a todo trance deseaba... Cuando coronamos una altura donde anhelamos llegar, ¿quién se acuerda del medio que nos ayudó a subir?...

—Ahora soy yo quien se ofende, como usted se ofendió esta tarde al decirle mis recelos de que pudiera ahorcarme. Yo no acostumbro a ser olvidadiza, y menos, desagradecida. Y en prueba de que mañana, o cuando se le antoje, será usted recibido en esta casa, sin esperar antesala como tantos otros que a ella acuden, deme usted esa cinta verde que lleva al cuello.

Mientras Juan Pablo hablaba, los dedos de su diestra mano jugueteaban nerviosamente con la dicha prenda, que entre el descuidado indumento del guerrillero resaltaba como el légamo brillante sobre las aguas muertas de una charca.

—¿Esta cinta...?—preguntó con asombro «el Manchao».

—Sí, esa cinta. ¿Por acaso guarda la memoria de alguna mujer? — exclamó con un gracioso remusguillo de guapa moza que no admite la sombra de otra hembra, ni aun en cosa que no le llega al corazón.

Rápidamente se despojó el guerrillero del emblema de aquella frágil prenda y le puso en las manos de la buena moza, diciéndola:

—No guarda memoria de ninguna mujer: es la enseña de los que luchamos por la Libertad; como yo la he perdido esta tarde, bien será que usted se la lleve, ya que es usted quien ha venido a encontrarla.

—Además — replicó la cómica —, que como esa señora de los libre pensamientos ha vuelto a gemir entre cadenas, y sus caudillos habrán sido condenados a muerte a estas horas, antes servirá para delatarle que para hacerle a usted merecedor de honores a los ojos del pueblo.

Y tras de entregar la cinta y besar la diestra, que con la majestad de una reina de comedia le tendía «Flérida», se apartó Juan Pablo de aquella diosa de la escena y de la hermosura.

Sabiendo que si le andaban buscando los esbirros de Fernando, en ninguna parte estaría más seguro que cerca de ellos, pues harían indagaciones por los pueblos y los caminos en donde hasta el día anterior hizo la campaña, quedóse en Madrid, yendo a hospedarse en una de las típicas posadas de la calle de Toledo.

V

El sueño, puesto de acuerdo con la prudencia, tuvieronle todo el día en la mezquina habitación que le servía de albergue. Cuando ya cerrada la noche se disponía a salir para acudir a la entrevista prometida en la anterior, oyó comentar a unos arrieros que, tendidos en el zaguán, esperaban la hora de la cena:

—Buena ocasión se presenta para hacer un magnífico negocio y estarse luego una temporada sin sufrir la incomodidad de los caminos—dijo uno.

—¿Qué es ello?—preguntó otro.

A lo que aquél volvió a decir:

—¿No habéis leído el «Diario», ni os habéis dado de hocico con un bando que hay puesto a la entrada del puente, con unas letras tan grandes que aun quien no sepa leer las leyera?

—Pues es el caso — prosiguió el que tenía tomada la palabra—que dan cincuenta onzas como cincuenta soles a quien presente, vivo o muerto, a «el Manchao».

Una ráfaga de insana codicia corrió por todo aquel apiñado concurso de gentes andariegas, y pasando por los oídos del protagonista de estas páginas, fué a recogerse en el corazón.

Instintivamente su diestra se previno a buscar uno de los cachorrillos que llevaba ocultos entre los pliegues de la faja.

—¡Cincuenta onzas, ochocientos pescos duros, diez y seis mil reales...! — exclamó uno de aquellos hombres, reduciendo rápidamente el valor de aquella suma a moneda más corriente para el uso ordinario. — ¡Quién lo pillara!

«El Manchao» salió al fin, entreteniéndose con encender un cigarro para aparentar mayor tranquilidad. Llamó al posadero, pagó su breve gasto de comida y estancia y dió en la calle; una vez en

la populosa y manolesca vía, echó hacia los Carabancheles, en donde estaba aquel poderoso imán que tan reciamente tiraba de su voluntad y de su vida.

En el puente de Toledo, en el mismo lugar que oyó decir a aquel trajinante, vió un grupo de hombres, de no muy buena catadura, leyendo el pregón a la luz de una pajuela.

Por todos corría la misma frase, pronunciada con el ansia de un avaro que vislumbra el caso probable de hacer un buen negocio.

—¡¡Cincuenta onzas!!

—Con unos cuantos hombres de pelo en pecho y buenos trabucos naranjeros, la empresa no es difícil—comentó uno.

Y otro, más codicioso, rechazó despectivamente:

—Para uno solo es algo; para muchos, no es nada.

Y otro, más ladino o más cobarde, resumió el pensar de todos:

—Pero ¿quién es el valiente que le pone el cascabel al gato?...

VI

«Flérida», que ya no tenía que temer de aquel hombre, aunque le recibió en cuanto llegó a la quinta, no se mostró tan efusiva con él como durante la tarde anterior, sino que, dejándose llevar de su carácter voluble y de la ascendencia que le prestaba su belleza, estuvo con él indiferente y desconsiderada.

Cuando le vió entrar le dijo:

—Es usted hombre de palabra y yo también: ya ve que le recibo. A decir verdad, no pensé que fuese usted tan arrojado que se atreviese a venir. Ya sabrá los rumores que corren: su cabeza, como la de Mina y la de «el Empeinado», está pregonada; cualquier miserable que se encuentre con ustedes puede hacer su fortuna.

—O su perdición — dijo «el Manchao». — Pero dejémonos de mí, del rey y de las cosas que ocurren, y hablemos de usted, que es lo único interesante.

La cómica, enredando sus primorosos dedos en la cinta verde, que era, como si dijéramos, garantía de esta entrevista, replicó:

—Por otra parte, al venir a esta casa se mete usted en la boca del lobo. Esta quinta no es mía, sino del aristócrata que me acompañaba cuando nos encontramos con usted. El conde de Pomares, que tal título tiene, es primo del duque de Alagón; con esto no tengo para qué decirle que es miembro de la «Santa Alianza» y de «El Angel Exterminador». De un momento a otro puede llegar, y como le conozco bien, sé que no correspondería en la misma moneda a la generosidad que tuvo usted con nosotros. Tome su cinta verde y márchese.

Y diciendo esto le devolvía aquel emblema de redención que con tanta honra se había mantenido en el cuello y sobre el pecho del guerrillero, que no acertaba a moverse.

—«Flérida» — exclamó, juntando las manos en guisa de súplica—. Todo lo que pueda acaecer fuera de aquí y alrededor de mi suerte no me importa. Antes de ver a usted yo podía vivir sin el amor de una mujer; todas se me antojaban como aquella que hundié mi vida en la desesperación; en mi concepto, ninguna merecía el cariño ni los sacrificios de un hombre de bien; pero me encontré frente a frente con su peregrina belleza, y sin curarme si detrás de ese cuerpo de ángel hay un alma de demonio, tan malvada como la que hasta ayer puso luto en la mía, mi corazón se ha abierto de par en par y se ha vestido de nuevo para adorarla. Cuantos se acercan a usted la ofrecen riquezas, joyas, palacios, flores..., ¿qué sé yo?...;

cuanto puede halagar la vanidad de una hembra mimada y caprichosa; yo, que nada poseo, le ofrezco más que todos: le ofrezco mi vida... Está a merced del que la quiera tomar para lucrarse con su venta; a usted se la doy para que disponga de ella como de un capricho; sin usted, ¿para qué la quiero?

A este tiempo oyóse rumor de gente en la estancia contigua.

Se descorrió el tapiz que guardaba la entrada de quella saleta y apareció el conde de Pomares rodeado de unos cuantos esbirros patibularios, de las huestes de Chaperón, y señalando a «el Manchao», que estaba de hinojos ante la hermosa esquiva, gritó:

—¡Ese es!

Abalanzábanse los esbirros hacia su presa; pero ésta, dando un formidable salto, se puso en guardia, y al que se le acercó primero, llevando prevenidas unas recias esposas, derribó de un formidable puñetazo; tomó luego los hierros, que estaban sin remachar por los bordes para que produjesen más daño en las carnes del infeliz a quien tocáranle en suerte, y de un formidable voleo los arrojó por la ventana.

Todos, que no eran pocos, echaron mano a las armas.

«Flérida» se encaró con el conde, preguntándole:

—¿Quién ha denunciado a este hombre?

—Eso es cosa que no le incumbe mas que al que lo hizo en defensa del orden — respondió el aristócrata—. Usted, señorita, nos hará a todos la merced de retirarse; aquí no manda nadie más que yo.

A lo que replicó despectivamente la hermosa:

—No decía usted lo mismo ayer, cuando caímos en poder de este desgraciado; entonces, pensando usted que estaba a dos pasos de la horca, bien me echó como cebo para contenerle. Si no caridad, tenga usted, por lo menos, agradecimiento.

Mientras «Flérida» hablaba, llena de una noble excitación que tras de la piedad le iba floreciendo en un interés que no sintió por Juan Pablo hasta que no le vió en verdadero peligro, el conde hizo una seña imperceptible a los sabuesos policíacos, quienes fueron rodeando poco a poco a la cómica hasta separarla por completo del guerrillero.

También cuando éste quiso darse cuenta, distraído con aquella inopinada defensa de la dulce enemiga que poco antes le rechazaba, tenía encima la fuerza y el rencor de ocho hombres que lograron sujetarle, no sin grandes esfuerzos, porque «el Manchao» era como un bravo león defendiéndose de una hambrienta manada de lobos...

Todos buscaron algo con que atarle, ya que el terrible aparato que al efecto traían había ido a dar en el fondo del estanque del jardín.

El conde reparó en la cinta verde que aún tenía «Flérida» en las manos, y, arrebatándosela, la entregó al jefe de los policíacos, diciéndole:

—Provisionalmente, atadle con esto; sois muchos y no se os escapará.

Y con la cinta verde, glorioso emblema de la Libertad mientras «el Manchao» anduvo por los campos defendiendo los derechos de ciudadanía, y por espacio de veinticuatro horas valió como garantía de una esperanza, fué amarrado y conducido a la cárcel de Villa, de donde, al cabo de pocos días, salió para ofrecer al pueblo, siempre desagradado y egoísta, el espectáculo trágico de su muerte en el patíbulo de la plaza de la Cebada...

Diego SAN JOSE

Ilustración de BARTOLOZZI.

LIBROS RECIBIDOS

Poderoso caballero..., por E. Gutiérrez-Gamero (de la Real Academia Española).—En esta obra se ponen de manifiesto las más brillantes cualidades de su autor, uno de los escritores que con mayor soltura y nitidez maneja el castellano y sus muchos y nobles resortes. A la galanura del estilo, inimitable lo mismo en la descripción que en el diálogo, ligero siempre y lleno de atractivos, se une en toda obra de Gutiérrez-Gamero el interés de la fábula, todo ello salpicado con un donaire de la mejor ley.

✕

Hamlet y El sueño de una noche de San Juan, versión castellana de Luis Astrana Marín.—Astrana Marín, el ilustre escritor, continúa la magna labor de dar a conocer en castellano las obras completas del príncipe de los dramaturgos. William Shakespeare es vertido íntegramente, y por vez primera, en nuestro idioma, tras los intentos de Menéndez Pelayo, Macpherson, Jaime Clak y otros escritores de menor importancia.

Astrana Marín traduce y comenta a Shakespeare con la misma exactitud, claridad y erudición que si se tratase de un clásico español. En las dos obras últimamente publicadas, *El sueño de una noche de San Juan*, la maravillosa comedia fantástica, y *Hamlet*, la tragedia por excelencia (el sin par drama cósmico de la conciencia individual en su lucha rebelde contra la tiranía del destino), puede admirarse un léxico purísimo, un castellano cincelado con la paciencia de un orfebre.

Una y otra producción van precedidas de un epílogo y acompañadas de anotaciones que son verdaderas curiosidades literarias, llenas de la más honda doctrina. Así vemos en *El sueño de una noche de San Juan* las fuentes españolas del mágico poema del bosque.

Otro detalle del alto valor literario de estas versiones radica en la constante comparación que en ellas se hace con nuestro teatro nacional. Shakespeare conoce nuestra literatura de los siglos XV y XVI; lee a Montemayor, se empapa en Hurtado de Mendoza, copia a Lope de Rueda, a Fernando de Rojas, etc.; circunstancias todas ignoradas o calladas por los grandes maestros de la crítica mundial.

El esfuerzo que suponen los treinta y seis volúmenes de las obras completas de Shakespeare vertidas por un erudito y a la vez un poeta, que ambas condiciones se reúnen en Astrana Marín, es digno del máximo elogio.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14. — MADRID — Apartado 502

Compre usted

DEL VIVIR HEROICO Y DEL MUNDO INTERIOR

admirable volumen de ensayos, donde el profundo escritor

Victoriano García Martí

desarrolla, con hermoso estilo y amenidad, numerosos temas de Filosofía y Estética.

Precio: 4,50 pesetas.

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

	Pesetas.
Don Severo Carballo, novela...	2,50
Verdades Sentimentales, ensayos.....	4
Caracteres de la Vida social y mundana, ensayos.....	4,50
Lugares de devoción y belleza, impresiones.....	4

EN TODAS LAS LIBRERÍAS, ESTACIONES Y RIVADENEYRA, Gran Vía, 8 y 10

INDUSTRIALES Y COMERCIANTES

El Banco Español, el único en España industrial y mercantil, constituido a base cooperativa y promotor de empresas:

Compra en total o en participación toda clase de negocios para desarrollarlos a base de sus elementos financieros y de cooperativismo. Los que tengáis alguna propiedad o industria que queráis explotar más ampliamente o de la que queráis desprenderos, bien en su totalidad, bien en parte, dirigiros hoy mismo, sin dejarlo para mañana, al Banco Español.

Va a montar sucursales en todas las principales poblaciones de España, y necesita promotores y directores para las mismas. Los que os creáis con personalidad, aptitudes y relaciones bastantes para ponerlos a su frente, dirigiros en seguida al Banco Español, pidiéndole antecedentes.

Va a enviar en breve agentes vendedores a América con muestrarios españoles para organizar allí el intercambio con España y recabar pedidos. Los que queráis aquellos mercados o fomentar vuestras ventas, tanto en el interior de España como en aquellas Repúblicas, dirigiros inmediatamente al Banco Español.

La correspondencia al Secretario del Banco

Avenida del Conde de Peñalver, 24 (Gran Vía)

y Caballero de Gracia, 23.—MADRID